

DE LOBOS Y CORDEROS

JUAN CARLOS IGLESIAS

DE LOBOS
Y CORDEROS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición: enero de 2020

© Juan Carlos Iglesias, 2020
© de la presente edición: Edhasa, 2020
Diputación 262, 2ª1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1244-7

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 21585-2019

Impreso en España

*A mi mujer, por tenerme engañado diciendo que valía
la pena leer el libro y por quererme como me quiere.*

*A mis hijos, por tener el sentido común de no querer leerlo
mientras lo escribía y por ser los hijos con los que sueña
todo padre.*

*A mis hermanos, porque no me dirán nada del tiempo
dedicado a escribirlo y por hacerme sentir orgulloso
y afortunado de ser su hermano. Y a sus tres hijos,
mis sobrinos, que son como si fueran mis hijos.*

*A mis padres, por su sacrificio, por su ejemplo,
por su amor, por todo.*

A mis cuñadas, por ser como si fueran mis hermanas.

A mis suegros, por tratarme como a un hijo.

A mis cuñaos..., a mis cuñaos..., pues eso.

*A mis sobrinos por parte de mi mujer y a las mujeres de
mis sobrinos, que deben ser sobrinas consortes
políticas de mis sobrinos políticos por parte de mi mujer.*

*De todos estos sobrinos políticos,
que más me parecen primos, por mi juventud,
mi superfavorito es el gran José María.*

*A mis amigos, que ni son pocos ni son de pasar
inadvertidos. Hay socios, restauradores, periodistas,
colaboradores, artistas, bodegueros, trabajadores
de la empresa familiar, frikis que son cómplices
de mis aficiones y entes variopintos.*

*A la peña facu, gente de mal vivir a la que he visto
desnuda por dentro y por fuera.*

*A todas las personas que saben que significan mucho
para mí y que son muy pocas.*

*Al clan de los Maxide, a mi familia, y a la Carraceira,
el lugar que me hizo como soy.*

A los blufineros, mi isla de paz.

A los casacas rojas, una de las cosas buenas de mi vida.

*Sí, son muchos agradecimientos, pero a saber
si escribo otro libro.*

Esta historia está basada en hechos irreales. Todos los personajes, incluso los reales, son ficticios y todas las situaciones, las que parecen de verdad y las que saltan a la vista que son mentira, son una invención exagerada de principio a fin.

Juan Carlos Iglesias

TODOS MUERTOS

(Año 2015 de Nuestro Señor.)

La invisibilidad es una ventaja destacable para las personas grises. Pasar desapercibido, no sobresalir por nada ni llamar la atención. Ser invisible es una bendición para las personas grises. Saber que nadie te mira, que nadie te juzga, que nadie cuenta contigo, que nadie se burla y que nadie te pega.

Gaspar García Guzmán era de las personas más grises que uno podría llegar a cruzarse a lo largo de la vida. Nadie reparó en su taciturna figura. Nada en él era digno de mención, nada llamativo. Enjuto, ligeramente encorvado, de mirada baja y esquiva, feo como para apartar la mirada, aunque no tanto como para ser objeto fácil de mofa y escarnio, de andar pausado y anodino, temeroso de Dios o del demonio y triste.

Gaspar no participaba en nada ni intervenía en conversación alguna. No se relacionaba con nadie y nadie podía decir cómo sonaba su voz porque nadie podría afirmar haberla oído siquiera alguna vez. Se sentaba solo, comía solo y paseaba solo. Muchos de sus compañeros también podrían haber jurado que nunca lo habían visto por las duchas, ni por los aseos ni por el comedor ni por los pasillos, ni tampoco por el patio de recreo. Nadie le había preguntado nunca el nombre ni él lo había dado. Aunque todos supieron, al

cabo del tiempo, los motivos por los que estaba allí encerrado, él no lo había contado y ningún preso se lo había preguntado. Nadie se había aventurado a confirmar el tiempo que llevaba encerrado entre aquellos muros y tampoco nadie adivinaba lo que era capaz de hacer.

Y nadie, por supuesto, era capaz de imaginar que Gaspar García Guzmán planeaba matarlos a todos.

LA HORA DE TENER UN AMIGO

(2015 de Nuestro Señor.)

Gaspar se pasaba horas mirando por la ventana de oxidados barrotes el horizonte gris, marchito y sucio de la ciudad que se extendía ante la mirada triste de sus ojos grises. Desde su solitaria y elevada celda en la última planta observaba el paso lento de la vida, las escasas aves que cruzaban las nubes negras del cielo, la espesa y densa niebla de aire sucio que respiraba la gente libre y el vuelo bajo de los aviones que aterrizaban con un estrepitoso rugido no lejos de allí. Seguía con la mirada el ir y venir atropellado de vehículos y personas por la larga avenida que veía con despejada claridad tras los muros viejos de la prisión que era ahora su hogar.

Desde aquella privilegiada atalaya, la tumultuosa vida que se generaba en la entrada se convertía en un espectáculo. Unos autobuses enrejados de pintura desgastada traían por las mañanas a nuevos reclusos, mientras que viejos camiones de suministros descargaban a diario comida caducada y a veces podrida, ropa vieja de cama con remendones y pulgas y libros usados sin todas las páginas. A la derecha de la caseta de control de acceso, por una pequeña puerta salían muy de tarde en tarde cuerpos ajados sin vida aparente, que arrastraban los pies sin manifestar emoción alguna por recuperar una libertad tardía e innecesaria.

La observación no era una habilidad destacable en Gaspar, que no solía detectar nada fuera de lo corriente en las cosas cotidianas. Sin embargo, pese a su natural carencia de empatía con el prójimo, en aquella ocasión sintió una repentina y volcánica agitación en el pecho cuando de uno de aquellos desvencijados autobuses bajó un hombre que atrajo su atención nada más verlo. Sin saber por qué, le reconoció como su par, su alma gemela, como una mitad desconocida de sí mismo. Gaspar notó un nexo espiritual indestructible con aquel extraño y confundió lo que debía ser una agradable sensación con la profética premonición de un vínculo celestial.

Su caminar de porte desmañado y triste, su rostro marcado por unos pómulos llenos de huellas y cicatrices y su ropa andrajosa despertaron su curiosidad de inmediato. Aquel hombre mohíno y desgarrado gesticulaba con los ademanes de hastío y desdén propios de quien sufre las huellas de una vida atribulada en su alma. Gaspar vislumbró algo más en él. Tenía un aura de delicada elegancia que parecía estar escondida tras una torpeza que le pareció simulada, e interpretó que su manifiesta apatía parecía impostada. Estaba seguro, desde la distancia, de que el recién llegado era distinto a los demás y mucho más de lo que aparentaba a simple vista. Como él mismo. O eso es lo que quiso ver.

Gaspar García Guzmán pensó que incluso para alguien como él había llegado la hora de tener un amigo.

LA RAZÓN DE SU TRISTEZA

(Año 2015 de Nuestro Señor.)

Cuando Tristán Pinzón bajó del autobús, no era consciente de nada, no pensaba en nada ni sentía nada. Como hacía tiempo ya. Había despreciado vivir y desistido de luchar por ser feliz y dichoso; sin un destello de alegría, se sentía deshecho por dentro y destruido por fuera. Siempre atormentado, desconectaba su conciencia, su voluntad y su espíritu de la cruda y severa realidad. Huía de ella y de sus recuerdos, se volcaba en el vacío y, si bien es cierto que en la nada no podía ser feliz, con la mente en blanco tenía el consuelo de que los tormentos de su pasado no lo torturaban. Llevaba tiempo volcado en la bebida, en el olvido y en el abandono de su alma.

Tristán había sido una persona humilde en su juventud, pero con el paso de los años se fue transformando en alguien de comportamiento vanidoso y ciertamente arrogante. Una incipiente fama mal digerida le hizo perder valores, proporción y paciencia.

Laura Dulce Pontes, la mujer a la que Tristán había entregado su corazón, no murió por su culpa, lo cual era una obviedad, a no ser que se interpretara que el abandono y el descuido que le dispensara durante los últimos años de relación se considerara suficiente como para justificar que

decidiera quitarse la vida. Ella ya lo había intentado antes de conocerlo. Era propensa a la tristeza, a la melancolía desatada y a la lágrima fácil e inconsolable. Tristán la atendió siempre con dedicada diligencia desde el día en que la conoció, apoyada en un radiador bajo el alféizar de una ventana de la facultad, con falda corta, sonrisa deslumbrante y una blusa ceñida con los pechos casi descubiertos. Sus mimos, sus atentas caricias y cálidos besos no bastaban para evitar que Laura cayera en una ciénaga pegajosa de desolación y martirio interior, en una pena honda de imposible consuelo para Tristán. Cuando eso acaecía, pasaban días para que superara del todo sus episodios depresivos y ni siquiera quedarse encinta la salvó de hundirse en un pozo de profundo desespero. Con el embarazo, la frustración de Tristán fue en aumento, y la medicación de Laura, también, necesaria aun a riesgo de la salud de su futuro hijo, y se hizo permanente la presencia de la madre de Laura para vigilar los inquietantes arrebatos de tristeza de su hija. Tristán, necesitado de una porción de normalidad en su vida, se refugió en un trabajo en el que empezaba a ser reconocido por todos y con el que conseguía un retorno gratificante a su talento y dedicación. Las críticas elogiosas de la prensa gastronómica, la admiración profesional, ciertamente merecida, de sus colegas de profesión, el prestigio de la opinión pública y las constantes insinuaciones pícaras de mujeres cautivadas por su notorio carisma y apuesta apariencia, alimentaron su petulante narcisismo e hicieron que Tristán Pinzón se sintiera más feliz fuera de casa que dentro.

Laura decidió, tres años antes de la llegada de Tristán al penal, un ceniciento día de un otoño húmedo y frío, que ya tenía bastante, que no tenía cabida en su mundo atormentado y que ella y su hijo debían encontrar la paz en otro

lugar. Abrió la ventana, mientras su madre dormía en el sillón del comedor de puro agotamiento, se asomó al vacío y, sin miedo alguno ni pensamiento positivo al que aferrarse, saltó sin dudarlo, sin hacer ruido y sin gritar. Sólo cerró sus ojos tristes y se arrojó, ausente de remordimientos. Rebotó en la barandilla del balcón de un piso inferior que sobresalía un poco del resto y se quebró la espalda, y con una gruesa y robusta rama de un árbol que rozaba la pared del edificio se partió las piernas y el cuello. Laura acabó su vuelo traspasando con estrépito la recargada marquesina renacentista de la frutería del señor Nicomedes. Su frágil cuerpo, ahora fracturado, se incrustó sobre las cajas amontonadas, donde el propietario y su esposa Argelina exhibían con orgullo las mejores frutas del barrio.

El destino fue desalmado y cruel. Laura cayó justo delante de un Tristán que casualmente acababa de elegir, uno a uno, una caja de exuberantes y gigantescos fresones. Decidió comprarlos en el último momento porque pensó que de todos era sabido que los fresones siempre son objeto de deseo y antojo de las embarazadas. Su culpable remordimiento le hizo caer en la cuenta, minutos antes de que Laura saltara, de que tenía descuidado al amor de su vida y concluyó que llevarle una pequeña cesta de fruta podría ser una buena manera de empezar su penitencia. Laura murió, y con ella su hijo nonato, a los pies de un estupefacto y trastornado Tristán, que sólo pudo caer de rodillas ante su mujer a tiempo de oír de su boca, antes de exhalar el último suspiro, un débil «te quiero» que le perseguiría toda la vida. Su culpa, la necesidad de castigarse por no ser haber sido capaz de anticiparse a sus pensamientos y la sensación de que por comprar aquellos malditos fresones no llegó a tiempo de frenar a su esposa, lo hundieron en un torbellino de

dolor del que no pudo salir. Tristán Pinzón se abandonó, y dejó que la miseria y la desesperación le comieran las entrañas y el juicio.

Tristán bajó del autobús que le había llevado a la prisión, pero no pensó en todo aquello, como llevaba haciendo desde tiempo atrás. Sólo levantó brevemente la mirada triste y vacía para ver fugazmente la fachada de ladrillo rojo, resquebrajada y antigua, del edificio que tenía enfrente, y observó sin interés cómo se asomaban desde algunas ventanas hombres vestidos del mismo color que las paredes.

«¡Mírame!, ¡mírame!», gritaba Gaspar en silencio, incapaz de quitar la vista de aquel hombre alto que caminaba sin querer hacerlo, y que parecía no tener vida en su mirada, fuerza en sus pasos ni determinación en su alma. «Está roto como yo», exclamó en voz baja y para sí, y entonces Gaspar se volvió hacia el interior de su celda pequeña, fría y oscura.

ÉRASE UNA VEZ UN TESORO

(Año 1931 de Nuestro Señor.)

Cuando el coronel francés Robert Dommanget, capitán de *L'Enfant*, un destructor francés de escolta, se zafó de sus atacantes gracias a la indisposición estomacal que lo tenía retenido en el excusado —y que impidió que lo sorprendieran durmiendo—, tardó muy pocos segundos en comprender el alcance del motín que se estaba produciendo. Los gritos, los disparos y el caos le permitieron escabullirse entre las sombras y sobrevivir al inicio del levantamiento. Aquel viaje había comenzado con mal fario, malas compañías impuestas por sus superiores, instrucciones inconclusas, un destino incógnito, una cantidad desproporcionada de armamento impropio y un anormal destacamento de mercenarios de desconocida procedencia comandados por otro número igualmente inusual de generales franceses y belgas. Aunque todo le pareció de lo más extraño, aceptó con la obediencia debida dirigir la misión secreta de aquel navío, un encargo trascendente para el futuro de Francia, le dijeron. Partieron con disimulo del puerto de La Rochelle, embarcaron a los soldados contratados en la costa de Bilbao, cruzaron Portugal sin escala alguna hasta llegar a las islas Canarias, donde repostaron suministros, y siguieron la travesía durante semanas bordeando la costa africana. A medio camino de la aún

desconocida misión, Robert recibió la orden de detenerse en la desembocadura del río Congo hasta la pronta recepción de un misterioso cargamento de valor incalculable.

En los días posteriores, Robert observó con indisimulado bochorno el abordaje de los oficiales alemanes y sudafricanos que asumieron el control del embarque en el destructor de multitud de cajas repletas de diamantes portadas por decenas de famélicos esclavos negros. El incesante ir y venir de barcasas repletas de cajas y esclavos se prolongó durante dos días, en los que Robert Dommanget no dejó de pedir explicaciones a sus superiores franceses, mostrando con vehemencia su consternación sobre el comportamiento cómplice de su país en un acto de dudosa moralidad. El estado de los esclavos, la sospechosa procedencia de tales riquezas y el compadreo con oficiales nazis eran incomprensibles para el coronel. Su insistencia empezó a resultar incómoda para los generales y lo conminaron a mantener la compostura y el orden, porque eran asuntos que escapaban a su entendimiento.

Zarparon inmediatamente con las instrucciones de dirigirse a Ciudad del Cabo, donde descargarían una parte de aquel tesoro, sin que a Robert se le dieran explicaciones, pese a su indignada insistencia, sobre el origen de las atronadoras ráfagas de disparos de ametralladoras más allá del linde de la selva con las arenosas playas. Al tiempo que embarcaban los ejecutores de aquella villanía, la irritación del coronel por lo que había sido un indudable ajusticiamiento de los esclavos provocó su confinamiento en sus aposentos hasta nueva orden. No concilió el sueño durante los días posteriores y su estómago se le cerró. Lo poco que ingería lo de-

volvía y, tras los primeros indicios de un cambio intempestivo de la climatología, Robert acabó pasando más tiempo sentado en el lavabo que dedicado a otros menesteres. Aquello le había salvado la vida cuando entraron a matarlo a altas horas de la madrugada. Los quince soldados de la marina que comandaba no tuvieron la misma suerte.

Agazapado, Robert oyó cómo dos generales se jactaban del destino que iba a tener aquella fortuna. Se estremeció. Y el coronel Dommanget hundió el barco con todos sus tripulantes. La deflagración de las calderas fue devastadora. Demolió el barco, que saltó por los aires, pocos minutos después de que él se arrojara al agua, cerca de la costa de los esqueletos en Namibia.

Los años posteriores Robert Dommanget fue perseguido por los fantasmas de sus hombres, por la culpa de su ignorada complicidad y por la soledad. Se ocultó para proteger a su familia y guardó el secreto. Nunca llegó a sospechar que la inmensa fortuna que creyó dejar atrás, en el fondo del mar, sería la fuente de innumerables problemas para sus descendientes.

EL ACOMODO INCÓMODO

(Año 2015 de Nuestro Señor.)

Tristán se acomodó desganado en la litera, sin prisas. Tiempo atrás lo había abandonado todo. Los recuerdos, toda posesión material y las ganas de vivir. No tenía nada que conservar. Ni siquiera fotografías, pues le recordaban la enfermedad de su mujer y el egoísmo de llevarse a su hijo por delante. Aquel angosto habitáculo desnudo y sin humanidad era, de tan poco iluminado, el lugar perfecto para acoger a un alma vacía. Había perfeccionado con el tiempo la habilidad de abstraerse de lo cotidiano, de dejar la mente en blanco y de convertirse en nadie. Aun conservando un halo leve, casi disipado, de lo que fue, Tristán Pinzón vivía en otro mundo, en uno en el que sólo había sitio para el dolor y la angustia y ningún hueco para la esperanza y el consuelo.

Pasó dos días sin salir de la celda antes de que un funcionario, el guardia Germán Buendía Costilla, alarmado por su apatía y falta de apetito, temiera que pereciera de inanición nada más entrar. Algo que en el fondo le daba igual, pues era de la convicción de que Dios provee en la tierra y en el cielo y que nadie se escapa al justo y ecuánime dictado de la justicia divina. Si alguien moría, era porque le tocaba. La incomodidad que sentía ante un fallecimiento le venía dada por su innata y natural sensibilidad para detectar

el olor a muerto incluso a distancia y a destiempo. Se dio cuenta siendo un niño, al velar el cuerpo amortajado de su difunta abuela.

Cargaba desolado con ese don, pues se le incrustaba en el cerebro hasta el particular olor de un hombre moribundo. Y todo empeoraba cuando el reo exhalaba el último aliento y se confirmaba el óbito. Germán Buendía no lograba librarse de la sensación de que los efluvios de la muerte lo perseguían intencionadamente. No sabía si era una habilidad, para la que no le encontraba sentido ni utilidad, un castigo por tratar sin piedad a sus semejantes o, directamente, la tiránica maldición de una abuela torturadora. Pero la realidad era que tanto aquellos que estaban a las puertas de la otra vida como los que ya habían dado el paso tenían el mismo olor desagradable y penetrante que le acosaba con persistencia durante días.

Así que cuando, sin previo aviso, el funcionario Germán Buendía Costilla golpeó con fuerza brutal en las costillas a Tristán, supo que se había excedido. Oyó un crujir de huesos. «Joder, éste se me va a morir», pensó. El restallido pudo ser causado por un exceso de violencia o porque a Tristán el golpe lo pilló desprevenido y con los pulmones vacíos de aire. No pudo gritar, aunque se retorció de dolor en el suelo, encogido, gimoteando como lo hace un perro cuando es apaleado.

Germán era un hombre calvo, rubicundo y obeso, casi inflado, de tripa prominente cubierta de un fino vello anaranjado, brazos rollizos y flácidos y un cuello voluminoso del que colgaba, con desenvuelta ligereza, la papada propia de un cerdo. No sudaba en exceso para lo gordo que estaba, tenía una mirada esquiva de ojos pequeños y oscuros y una sonrisa candorosa que transmitía bondad angelical. Una

bondad que, según se decía a sí mismo, le impedía ser más cruel de lo que ya era y que le obligaba a ser más magnánimo de lo deseado. Era, ciertamente, bondadoso en apariencia, y también un escrutador admirable del alma humana. Conocía, como si fuera una parte de ellos mismos, la verdad que habitaba en el fondo de las almas de los presos, y supo que tras el recluso Tristán Pinzón y su apariencia de estar muerto en vida se escondía, en las profundidades de su conciencia dormida, un hombre desafiante y orgulloso al que debía educar desde el inicio en el respeto y veneración a la autoridad moral de la justicia divina.

Como buen justiciero del señor, un solo golpe le parecía una escasa lección para tan provocadora manera de gemir, así que decidió descargar otro con más fuerza que el anterior. Con una recia vara de madera le acertó en la mejilla y en ese instante Tristán Pinzón perdió el conocimiento, al tiempo que notaba que se tragaba, con un espasmo ahogado, su propia sangre y algún que otro diente. «Joder, me he vuelto a pasar. Éste se me muere seguro», pensó de nuevo Germán, descontento y decepcionado consigo mismo por perder el control una vez más.